

Sin providencia divina,  
Que como premia á los buenos,  
Tambien los malos castiga  
Cuando con perseverancia  
Va delante su malicia.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias*, etc. de.)

596.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

De lo mas alto de un monte,  
A quien Guadalete baña,  
Mirando estaba Lisberto  
La temerosa batalla.  
Mira que los españoles  
Y bravos godos desmayan,  
No pudiendo resistir  
La mahomética saña.  
Dice con cansada voz  
El Infante estas palabras,  
Contemplando la ruina  
De toda la gente hispana:  
«¡Ay España, España,  
Que culpa no mereces y te abrasas!»  
¡Oh cruda causa,  
Y mas traidor Rodrigo,  
Que por tu torpe amor fué tal castigo!  
¡Ay dulce patria querida,  
De tantos grados honrada  
A costa de noble sangre  
En su amparo derramada!  
¡Ay madre honrada del mundo,  
Y de un hijo deshonrada,  
Que sin ser nada, le hiciste  
Rey, para hacerte nada!  
El ser le diste de rey,  
Y desconocido paga  
Tan subido beneficio  
Con deshonrar á la Cava,  
«¡Ay España, etc.»  
¡Oh traidor conde Julian!  
¿En qué te ofendió tu patria?  
¿Di por qué el pecado ajeno  
Lo haces su propia causa?  
Si Rodrigo te ofendió,  
Matárasle, y abrasaras  
Su linaje, sus parientes,  
Su vida, su honor, su casa;  
Mas en efecto un traidor  
Ningunos respetos guarda  
A patria, padre, ni rey,  
Si la traicion es pensada.  
«¡Ay España, España,  
Que culpa no mereces y te abrasas!»

(*Romancero general*. — II. MADRIGAL, *Segunda parte del Romancero general*.)

597.

RODRIGO FUGITIVO Y DERROTADO.

(Anónimo.)

De las batallas cansado  
Se sale el rey Don Rodrigo,  
La cabeza sin almete  
Y el arnes todo rotpido,  
La una rienda en una mano,  
Y el un estribo perdido.  
Por do el caballo lo lleva  
Por allí va sin sentido.  
Por un arroyo zarzoso  
El caballo lo ha metido.  
Echó la corona en tierra

Y aquesto habie referido:  
— ¡Desdichado caballero!  
Desdichado rey Rodrigo!  
¡Ayer eras rey de España,  
Y hoy no tienes un castillo!  
Por un pequeño placer  
Metiste á España á cuchillo.

(RODRIGUEZ, *Romancero historiado*.)

<sup>4</sup> Este romance, que es un fragmento glosado por Lúcas Rodríguez, se ha entresacado de la glosa que de él hizo.

598.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Cuando las pintadas aves  
Mudas están, y la tierra  
Atenta escucha los rios  
Que al mar su tributo llevan,  
Al escaso resplandor  
De cualquier luciente estrella  
Que en el medroso silencio  
Tristemente centellea;  
Teniendo por mas segura  
Del traje humilde la muestra,  
Que la acechada corona,  
Ni la envidiada riqueza;  
Sin las insignias reales  
De la majestad soberbia,  
Que amor y temor de muerte  
Junto á Guadalete dejan,  
Bien diferente de aquel  
Que ántes entró en la pelea  
Rico de joyas, que al godo  
Dió la victoriosa diestra;  
Tintas en sangre las armas,  
Suya alguna, y parte ajena,  
Por mil partes abolladas  
Y rotas algunas piezas;  
La cabeza sin almete,  
La cara de polvo llena,  
Imágen de su fortuna  
Que en polvo la ve deshecha,  
En Orelia su caballo  
Tan cansado ya, que apenas  
Mueve el presuroso aliento,  
Y á veces la tierra besa,  
Por los campos de Jerez,  
Gelboe llorosa y nueva,  
Huyendo va el rey Rodrigo  
Por montes, valles y sierras.  
Tristes representaciones  
Ante los ojos le vuelan;  
Hierne el temeroso oido  
Confuso estruendo de guerra;  
No sabe donde mirar,  
De todo teme y recela;  
Si al cielo, teme su furia,  
Porque hizo al cielo ofensa;  
Si á la tierra, ya no es suya,  
Que la que pisa es ajena:  
Pues, si dentro de sí mismo,  
Con sus memorias se encierra,  
Mayor campo de batalla  
Dentro el alma le aparece,  
Y entre sollozo y suspiros  
Así el rey godo se queja:  
— ¡Desventurado Rodrigo,  
Si esto en otro tiempo hicieras  
Y huyeras de tus deseos  
Al paso que ahora llevas  
Y á los asaltos de amor  
No mostraras la flaqueza,  
Tan indigna de hombre godo,  
Y mas de rey que gobierna,  
Gozara su gloria España.

Y aquella fuerte defensa,  
Que ya por el suelo yace  
Y el color trueca á las yerbas!  
Amada enemiga mia,  
De España segunda Elena,  
¡Oh si yo naciera ciego,  
O tú sin beldad nacieras!  
Pedernal fué tu hermosura,  
Y yo el eslabon y yesca,  
Que las centellas cogi  
En que el mundo se arde y quema.  
Fuerza fué la que te hicie;  
Mas tambien mirar debieras,  
Que tu beldad poderosa  
Usó conmigo de fuerza.  
Eres mar tempestuoso,  
Y entendi que Cava eras;  
Mas lo uno y lo otro fuistes,  
Pues que me acabas y anegas.  
¡Maldito sea el punto y hora  
Que al mundo me dió mi estrella!  
¡Pechos que me dieron leche,  
Mejor sepulcro me dieran!  
¡Pagara á la tierra el censo,  
Y en su soledad durmiera  
Con los cónsules y reyes,  
O con los plebeyos d'ella!  
¡Quítarale á la fortuna  
Carro en que triunfar pudiera,  
Y un Rodrigo para España,  
Materia de tantas quejas!  
¡Traidor conde Don Julian!  
Si uno solo es el que yerra,  
¿Por qué tan injustamente  
Hiciste comun la pena?  
Matárasme á puñaladas,  
Pues pudiste, y bien hicieras;  
Mas si el traidor es cobarde  
Jamás hace cosa buena.  
No ofendi yo al africano,  
¿Por qué africano te venga?  
¡Oh si este agudo puñal  
Rasgara tus falsas venas!—  
Mas iba á decir Rodrigo,  
Pero las palabras medias  
Las arrebató el enojo  
Y entre los dientes las quiebra.  
Cayó muerto su caballo,  
Y librando de las piernas,  
Hizo el arzon almohada  
Mientras huyen las tinieblas,  
Y diciendo:—Adios, España  
Que el bárbaro señorío,  
Junto á su Orelia querido  
La luz enemiga espera.

(*Romancero general*.)

<sup>4</sup> *Cualque*, es un italianismo que indica ser el romance de fines del siglo xvi ó principios del xvii. En tiempo de Cervantes ya empezaban los italianismos de esta clase, y como se ve por *El Quijote*, se hallaban admitidos en el lenguaje vulgar, porque los introdujeron los soldados que volvian de las guerras de Italia.

599.

AL MISMO ASUNTO.—III.

(Anónimo.)

Las huestes del rey Rodrigo  
Desmayaban y huían  
Cuando en la octava batalla  
Sus enemigos vencían.  
Rodrigo deja sus tierras  
Y del real se salía:  
Solo va el desventurado,  
Que no lleva compañía.  
El caballo de cansado,  
Ya mudar no se podía:

Camina por donde quiere,  
Que no le estorba la via.  
El Rey va tan desmayado  
Que sentido no tenia:  
Muerto va de sed y hambre,  
Que de velle era mancilla;  
Y va tan tiñto de sangre,  
Que una brasa parecia.  
Las armas lleva abolladas,  
Que eran de sangre perdida;  
La espada lleva hecha sierra  
De los golpes que tenia;  
El almete de abollado  
En la cabeza se hundia;  
La cara llevaba hinchada  
Del trabajo que sufría.  
Subióse encima de un cerro  
El mas alto que veía:  
Desde allí mira su gente  
Cómo iba de vencida.  
De allí mira sus banderas,  
Y estandartes que tenia,  
Cómo están todos pisados  
Que la tierra los cubria.  
Mira por los capitanes  
Que ninguno parecia;  
Mira el campo tinto en sangre,  
La cual á arroyos corria.  
El triste de ver aquesto  
Gran mancilla en sí tenia;  
Llorando de los sus ojos  
D'esta manera decia:  
—Ayer era rey de España,  
Hoy no lo soy de una villa;  
Ayer villas y castillos,  
Hoy ninguno poseia;  
Ayer tenia criados  
Y gente que me servía,  
Hoy no tengo una almena  
Que pueda decir que es mia.  
Desdichada fué la hora,  
¡Desdichado fué aquel día  
En que nací y heredé  
La tan grande señoría,  
Pues lo habia de perder  
Todo junto y en un día!  
¡Oh muerte! ¿por qué no vienes  
Y llevas esta alma mia  
De aqueste cuerpo mezquino,  
Pues te se agradecería?

(*Cancionero de Romances*.)

<sup>1</sup> Véase la nota del número 602.  
<sup>2</sup> De este trozo entresacó Cervantes tres versos que cita en la parte II, cap. xxvi del *Quijote*, donde los acopla del modo siguiente:

Ayer era rey de España,  
Y hoy no tengo una almena  
Que pueda decir que es mia.

600.

LLEGAN NUEVAS Á LA REINA, DE LA DERROTA DE GUADALETE.

(Anónimo.)

Ya se sale de la priesa  
El rey Rodrigo cansado;  
Pusiérase hácia una parte  
Por de allí mirar su campo:  
Ve que su gente se apoca,  
Y que ya va desmayando.  
Desque esto vido Rodrigo  
No pudo de mas mirallo,  
Porque bien ve que los suyos  
Ya no pueden soportallo.  
Volvió las riendas apriesa,  
Da de espuelas al caballo;  
Huyendo va á mas andar

Por un dromedal abajo.  
Vió huir Aliastras,  
Un su capitán honrado;  
Acordó seguir tras él,  
Pero no pudo él hallarlo.  
Desque vió que no le halla,  
A Toledo hubo llegado,  
Donde quedara la corte,  
Y la Reina había quedado.  
Pesábale por llevar  
De su rey tan mal recaudo;  
En entrando por la puerta  
Comenzó á decir llorando:  
—Ya, señora, no sois reina,  
Ya no teneis ningún mando,  
Porque en ocho batallas  
Perdiste todo el Estado:  
Perdisteis el rey Rodrigo  
El vuestro marido honrado,  
Porque le vi ir huyendo  
Muy malamente llagado,  
Y que á la hora de agora  
Será muerto ó cautivo.—  
La Reina sin oír mas  
Cayó tendida en su estrado:  
Después de grandes cuatro horas  
En su sentido ha tornado:  
Mandó á Aliastras que cuente  
Todo como había pasado.  
Aliastras se lo cuenta,  
Que nada había dejado.  
La Reina con gran congoja  
Dijo: — Ya lo he yo tragado,  
Porque la noche pasada  
Un mal sueño había pasado,  
Y es que via el rey Rodrigo  
Con el gesto muy airado,  
Con ojos vueltos en sangre,  
Que iba muy apresurado  
Para ir vengar la muerte  
Del desdichado Don Sancho,  
Y que se volvía sangriento,  
Y su cuerpo mal llagado,  
Y que llegaba á mí  
Y me tiraba del brazo,  
Y decía estas palabras  
Muy fuertemente llorando:  
«Quédate adios, Reina triste,  
Quédate adios, que me parto:  
Los moros me han ya vencido,  
Los moros me han soyogado.  
No cures llorar mi muerte,  
No cures llorar tu Estado,  
Procurate de esconder  
Allá en lo mas apartado;  
Vete luego á las montañas  
De aquel reino Asturiano,  
Porque no hay otro remedio  
Si quieres quedar en salvo,  
Porque España y lo demas  
Todo está ya sujetado.»

(Cancionero de Romances.)

## 601.

LA PÉRDIDA DE ESPAÑA POR RODRIGO.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Triste estaba Don Rodrigo,  
Desdichado se llamaba;  
Gimiendo estaba y llorando  
La gran pérdida de España,  
No solo porque la pierde,  
Mas porque d'ello fué causa,  
Porque dió bestial amor  
A esa maldita la Cava.  
Si al Rey d'aquello le plugo,  
A la Cava le pesaba;  
Mas su padre Don Julian

Ha tomado la venganza.  
El y su malvada hija  
En Berbería se pasan  
Con el obispo Don Oppas,  
Que con él se concertaba.  
Hace trato con los moros,  
Venden la tierra cristiana;  
Entraron por Gibraltar  
Como quien entra en su casa.  
Ganan á Málaga y Ronda,  
Antequera con Granada,  
Toda Castilla la Vieja,  
Que ninguno lo estorbaba,  
Sino el triste rey Rodrigo,  
Que hobo con ellos batalla,  
De donde salió vencido,  
Ya que la noche cerraba.  
Llamándose va cuitado,  
Su persona denostaba;  
Los ojos mirando al cielo  
Con gran pena lamentaba;  
Quéjase de su ventura,  
D'esta suerte razonaba:  
—¡Oh mal venturoso rey,  
Postrer godo que reinaba,  
Hoy pierdes tu tierra y reino,  
Fortuna lo trastornaba!  
¡Oh conde Don Julian!  
¡Maldita sea tu saña,  
Que gran crueldad has mostrado  
Contra la triste de España!  
Yo malo, que obré el pecado,  
Merecía haber la paga.  
¡Maldita sea la tu hija  
Que de tan gran mal fué causa!  
¡Mis ojos sean malditos  
Que su hermosura miraran,  
Que á no mirarla ellos  
Todo este mal se excusaba!  
¡Oh gran Dios de cielo y tierra!  
Perdona esta mi alma:  
No mireis, justo Señor,  
Su pecado, pues pagaba  
El cuerpo que lo tal hizo;  
A ella haced librada.—  
Y con gemidos crecidos,  
Sus ojos tornados agua,  
Entrara por un jaral;  
Sus vestidos desnudaba.  
Perdióse el rey Don Rodrigo,  
Que hasta agora no se halla;  
Los moros signen victoria  
Hasta la Peña horadada.  
Hizoles cara Pelayo,  
Ese duque de Cantabria,  
Que con su sobrado esfuerzo  
De lo perdido ganaba,  
Con las gentes que han huido,  
A Asturias de Santillana.  
Dióle Dios muy gran victoria,  
Que hasta Leon cobraba;  
Toman todos corazon  
Sobre la gente pagana.  
Otros reyes sucedieron  
Que lo perdido ganaran,  
Hasta el Quinto Fernando  
Que el Católico llamaran,  
Que con su esfuerzo ganó  
El buen reino de Granada.

(SEPÚLVEDA, Romances nuevamente sacados, etc.)

## 602.

PROFECÍA SOBRE LA CONQUISTA DE ESPAÑA POR LOS MOROS.

(Anónimo.)

Los vientos eran contrarios,  
La luna era crecida,

Los peces daban gemidos  
Por el tiempo que hacia,  
Cuando el rey Don Rodrigo  
Junto á la Cava dormía,  
Dentro de una rica tienda  
De oro bien guarnecida.  
Trescientas cuerdas de plata  
La su tienda sostenían,  
Dentro había cien doncellas  
Vestidas á maravilla;  
Las cincuenta están tañendo  
Con muy extraña armonía:  
Las cincuenta están cantando  
Con muy dulce melodía.  
Allí hablara una doncella  
Que Fortuna se decía:  
—Si duermes, buen rey Rodrigo,  
Despierta por cortesía,  
Y verás tus malos hados,  
Tu peor postrimería,  
Y verás tus gentes muertas  
Y tu batalla rompida,  
Y tus villas y ciudades  
Destruídas en un día.  
Castillos y fortalezas  
Otro señor las regía.  
Si me pides quién lo ha hecho,  
Yo muy bien te lo diría:  
Ese conde Don Julian  
Por el amor de su hija,  
Porque se la deshonraste  
Y mas d'ella no tenía.  
Juramento viene haciendo  
Que te ha de costar la vida.—  
Despertó muy enojado  
Con aquella voz que oía;  
Con cara triste y penosa  
D'esta suerte respondía:  
—Mercedes á ti, Fortuna,  
D'esta tu mensajería.—  
Estando en esto llegó  
Uno que nuevas traía,  
Como el conde Don Julian  
Las tierras le destruía.  
Aprieta pide el caballo  
Y al encuentro le salía;  
Los enemigos son tantos  
Que esfuerzo no le valía;  
Que capitanes y gentes  
Huía el que mas podía.  
Rodrigo deja sus tierras  
Y del real se salía:  
Solo va el desventurado  
Que no lleva compañía.  
El caballo de cansado  
Menearse no podía;  
Camina por donde quiere,  
Que no le estorba la vía.  
El Rey va tan desmayado,  
Que sentido no tenía;  
Muerto va de sed y hambre,  
Que de verle era mancilla.  
Iba tan tinto de sangre  
Que una brasa parecía;  
Las armas lleva bolladas,  
Que eran de pedrería;  
La espada era una sierra  
De los golpes que tenía;  
El almete de abollado  
La cabeza le hundía;  
La cara llevaba hinchada  
Del trabajo que sufría.  
Subió encima de un cerro,  
El mas alto que allí había;  
De allí miraba su gente  
Cómo iba de vencida;  
De allí mira sus banderas,  
Y estandartes que tenía  
Cómo están todos pisados

Y la tierra los cubría.  
Mira por los capitanes  
Que ninguno parecía;  
Mira el campo tinto en sangre,  
El cual á arroyos corría.  
El triste de ver aquesto  
Gran mancilla en sí tenía;  
Lloraba de los sus ojos,  
D'esta manera decía:  
—Ayer era rey de España,  
Y hoy no lo soy de una villa;  
Ayer villas y castillos,  
Hoy ninguno poseía;  
Ayer tenía criados  
Y gente que me servía,  
No tengo ahora una almena  
Que pueda decir que es mía.  
¡Desdichada fué la hora,  
Desdichado fué aquel día  
En que nací y heredé  
Tan gran reino y señoría,  
Pues lo había de perder  
Todo junto y en un día!  
¡Oh muerte! ¡por qué no vienes  
Y llevas esta alma mía,  
De aqueste cuerpo mezquino,  
Pues se te agradecería?

(TIMONEDA, Rosa española. — It. Floresta de varios romances.)

<sup>4</sup> Este romance es el mismo, pero mas completo, que el del número 599. Repitense en él trozos enteros del otro; mas su primera mitad es del todo nueva, y participa mucho del estilo oriental y lírico. Esto hace presumible que sea una reforma de aquel ya citado; pero uno y otro parecen ser compuestos por un juglar ejercitado, mas bien que por un rudo é inartístico poeta.

## 603.

RODRIGO LLORA LA PÉRDIDA DE SU REINO.

(Anónimo.)

Llorando mira Rodrigo  
Las ruinas castellanas,  
Los ejércitos vencidos,  
La venganza de la Cava.  
La fiera trompeta escucha  
Que forzosamente llama,  
Y otra vez en su memoria  
Mas le allige y le maltrata.  
Confusos miran los cielos  
La fatal hora menguada,  
Que de lo que Dios no hace  
El mismo cielo se espanta.  
Y el campo grita: «Guerra, al arma, al arma.»  
Y el Rey: «Aquí fué Troya, adios, España.»  
Miran al Rey sin corona,  
Que siendo del cielo dada,  
Sin que el cielo se la quite,  
Ni la tiene ni la halla.  
El mismo polvo medroso,  
Salpicado de las armas,  
Encontrando al Rey, se esconde  
En el sudor de su cara.  
Sonaban las voces tristes,  
Relumbraban las espadas  
Que penetraban sangrientas  
Por las vencidas gargantas.  
Y el campo grita: «Guerra, al arma, al arma.»  
Y el Rey: «Aquí fué Troya, adios, España!»

(Maravillas del Parnaso.)

## 604.

AL MISMO ASUNTO.

(Anónimo.)

Las armas y venas rotas,  
El estoque en sangre tinto,

Huye vergonzosamente  
De la batalla Rodrigo.  
Ciegale el polvo los ojos,  
Y con temor del peligro  
Los piés y la razon pierden,  
Juntamente los estribos.  
Al fin subió como pudo  
Sobre un cerrillo propincuo,  
Si de alguna suerte sube  
Quien de tan alto ha caído.  
Mira desde allí la sangre  
De aquellos godos antiguos  
Vertida en balde y mezclada  
Con la de infames morillos;  
Mira las cruces bermejas,<sup>1</sup>  
Divisa del Cristianismo,  
Rendidas infamemente  
Al estandarte morisco.  
Esto contempla, y tras esto  
Sus dos ojos vueltos riscos,  
Conociéndose culpado  
Así razona consigo:  
—Justamente ordena el cielo  
Que pues á Dios hice guerra,  
Perdido el reino del suelo,  
Solo para mi consuelo  
Tenga siete piés de tierra.  
Y si por vanos antojos  
Quebré la divina ley,  
Hoy me miren estos ojos  
Vasallo de mil enojos  
Habiéndome visto rey.  
Tambien porque mi castigo  
Igual á la culpa sea,  
El reino da al enemigo;  
Porque siendo yo testigo,  
El lo goce y yo lo vea.  
Y déjame solamente,  
Por mejor me deshonrar,  
Caballo que me consiente  
Huir vergonzosamente,  
Y estoque por me matar.

(MADRIGAL, Segunda parte del Romancero general.)

<sup>1</sup> Horrible anacronismo, que coloca las órdenes militares en tiempo de los godos, y ántes de la conquista de España por los musulmanes.

## 605.

LAMENTO SOBRE LA PÉRDIDA DE ESPAÑA.

(Anónimo.)

Volved los ojos, Rodrigo,  
Volvedlos á vuestra España,  
Mirad cómo os la destruyen  
Vuestros amores y Cava:  
Mirad la sangre que vierten  
Vuestras gentes en batalla,  
Castigo de la inocente  
Que fué por vos derramada.  
«¡Ay, España,  
Pérdida por un gusto y por la Cava!»  
La honra de los antiguos  
Por tantos siglos ganada,  
Vos solo por un momento  
Perdeis reino, cuerpo y alma.  
Acabóse vuestro bien  
Y vuestros males no acaban;  
Que el mal suele acabar honras  
Que acaban la vida y fama.  
«¡Ay, España,  
Pérdida por un gusto y por la Cava!»

(Códice del siglo XVII. — DEPPING, Romancero general.)

## 606.

RODRIGO PENITENTE, Y SU MUERTE.

(Anónimo<sup>1</sup>.)

Después que el rey Don Rodrigo  
A España perdido había,  
Ibase desesperado  
Por donde mas le placía.  
Métese por las montañas  
Las mas espesas que via,  
Porque no le hallen los moros  
Que en su seguimiento iban.  
Topado ha con un pastor  
Que su ganado traía,  
Dijole:—¿Dime, buen hombre,  
Lo que preguntar quería  
Es si hay por aquí poblado  
O alguna casería  
Donde pueda descansar,  
Que gran fatiga traía?—  
El pastor respondió luego  
Que en balde la buscaría,  
Porque en todo aquel desierto  
Solo una ermita había,  
Adonde está un ermitaño,  
Que hacia muy santa vida.  
El Rey fué alegre de esto  
Por allí acabar su vida.  
Pidió al hombre que le diese  
De comer, si algo tenía:  
El pastor sacó un zurrón,  
Que siempre en él pan traía;  
Dióle dél, y de un tasajo  
Que acaso allí echado había.  
El pan era muy moreno,  
Al Rey muy mal le sabía;  
Las lágrimas se le salen,  
Detener no las podía  
Acordándose en su tiempo  
Los manjares que comía.  
Después que hubo descansado  
Por la ermita le pedía,  
El pastor le enseñó luego  
Por donde no erraría.  
El Rey le dió una cadena,  
Y un anillo que traía:  
Joyas son de gran valor  
Que el Rey en mucho tenía.  
Comenzando á caminar,  
Cuando el sol se retraía,  
A la ermita es ya llegado  
Que el pastor dicho le había.  
El dando gracias á Dios  
Luego á rezar se metía;  
Después que hubo rezado  
Para el ermitaño se iba:  
Hombre es de autoridad,  
Que bien se le parecía.  
Preguntóle el ermitaño  
Cómo allí fué su venida;  
El Rey, los ojos llorosos,  
Aquesto le respondía:  
—El desdichado Rodrigo  
Yo soy, que rey ser solía:  
Vengo á hacer penitencia  
Contigo en tu compañía;  
No recibas pesadumbre,  
Por Dios y Santa María.—  
El ermitaño se espanta,  
Por consolallo decía:  
—Vos cierto habeis elegido  
Camino cual convenia  
Para vuestra salvacion,  
Que Dios os perdonaría.—  
El ermitaño á Dios ruega  
Por si le revelaría  
La penitencia que diese  
Al Rey, que le conventa.

Fuéle luego revelado,  
De parte de Dios, un día,  
Que le meta en una tumba  
Con una culebra viva,  
Y esto tome en penitencia  
Por el mal que hecho había.  
El ermitaño al Rey  
Muy alegre se volvía:  
Contóselo todo al Rey  
Como pasado le había.  
El Rey d'esto muy gozoso  
Luego en obra lo ponía.  
Métese como Dios manda  
Para allí acabar su vida,  
Y el ermitaño muy santo  
Mirale al tercero día.  
Dice:—¿Cómo os va, buen Rey?  
¿Vaos bien con la compañía?  
—Hasta ahora no me ha tocado  
Porque Dios no lo quería:  
Ruega por mí, el ermitaño,  
Porque acabe bien mi vida.—  
El ermitaño lloraba,  
Gran compasion le tenía:  
Comenzóle á consolar  
Y esforzar cuanto podía.  
Después vuelve el ermitaño  
A ver si ya muerto había:  
Halla que estaba rezando  
Y que gemia y plañía.  
Preguntóle cómo estaba:  
—Dios es en ayuda mía,  
Respondió el buen rey Rodrigo:  
La culebra me comía;  
Cómeme ya por la parte  
Que todo lo merecía,  
Por donde fué el principio  
De lami muy gran desdicha.—  
El ermitaño lo esfuerza,  
El buen Rey allí moría:  
Aquí acabó el rey Rodrigo,  
Al cielo derecho se iba.

(Cancionero de romances. — II. TIMONEDA, Rosa española. — II. Silva de varios romances. — II. Floresta de varios romances.)

<sup>1</sup> Es una de las composiciones que merecen el nombre de populares; pero se advierte desde luego en ella una reforma considerable, hecha con mucha posterioridad, del romance primitivo, pues su lenguaje y consecuencia en los consonantes demuestran demasiado el arte y el cuidado con que se han buscado.

<sup>2</sup> La leccion de Cervantes en estos versos es:

Ya me comen, ya me comen  
Por do mas pecado había.

(Quijote, part. II, cap. XXXVI.)

## ÉPOCA DEL REY DON PELAYO.

## 607.

DE CÓMO DON PELAYO VENCÍO Á LOS MOROS EN COVADONGA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Junto al rio Guadalete,  
Que á Jerez era cercano,  
Aquese rey Don Rodrigo  
Vencido queda en el campo.  
Venciólo el moro Tarif,  
Por el su triste pecado:  
Los moros ganan á España,  
Toda la habían conquistado  
Hasta Asturias de Oviedo  
Donde se huyó Don Pelayo.  
A este alzarón por rey  
Los cristianos que han quedado.  
Cercáronlo en una cueva  
Mucha gente de paganos.

Almazan llaman al moro  
Que sobre ellos tiene mando:  
Con él vino el mal obispo  
Don Oppas, ese malvado.  
Era cuñado del conde  
Que Don Julian es nombrado;  
Padre era de la Cava  
Que todo el mal ha causado.  
Combaten recio la cueva  
Con esfuerzo denodado;  
Don Oppas se llegó á ella  
En un mulo cabalgando.  
Hablando está con el Rey  
Palabras de gran halago;  
Con razones engañosas,  
Le dijo:—Mira, Pelayo:  
Bien sabes el gran poder  
De los godos esforzados,  
Que conquistaron á España  
Y en ella habian reinado,  
Que nunca fueron vencidos  
De bárbaros y romanos.  
Por el gran juicio de Dios  
Ya su esfuerzo es soterrado;  
Quebrántado es su poder,  
Muertos yacen en el campo.  
Dime tú: ¿Qué te aprovecha  
El esfuerzo que has mostrado,  
Y encerrarte en esa cueva?  
¿Do piensas ser escapado?  
¿Cuidas por ventura tú  
Escapar de los paganos,  
Y d'ellos te rebelar,  
Y conseguir temerario  
Lo que no pudo Rodrigo,  
Aquese rey afamado,  
Con todos los nobles godos,  
Que los ves desbaratados?  
Acuérdate qu'el su reino,  
Qu'en fuerzas fuera abonado,  
Y por su sabiduría  
De todo el mundo admirado,  
Ya es perdido y destruido,  
Y en nonada es ya tornado.  
Pelayo, yo te aconsejo,  
La tu vida deseando,  
Que te des luego á los moros  
Con esos tus allegados.  
Tú y ellos seréis muy ricos,  
De riquezas abonados;  
Si no, moriréis á espada,  
No escaparéis de sus manos.—  
Don Pelayo cuando oyera  
Lo que Don Oppas ha hablado,  
Recibió muy gran pesar,  
Y esta respuesta le ha dado:  
—Oppas, tú fuiste arzobispo  
Y en letras bien enseñado,  
Bien sabes que tú, y el rey  
Vitiza, aquese tu hermano,  
Ensañaste mal á Dios  
Con vuestros grandes pecados,  
Junto con Don Julian  
Ese siervo de el diablo.  
En saña vos lo metistes,  
Por do vino el grande daño  
En la gente de los godos,  
Varones tan esforzados.  
Y aunque esto dure algun tiempo,  
Dios no nos habrá olvidado:  
El nos dará la venganza  
Del que á él hobo cansado.  
Yo bien fio en su bondad,  
Que será como lo hablo,  
Y esto me hace no temer  
Los moros que me han cercado.  
Cuanto mas que es mi abogada  
Virgen Madre, con sus santos:  
Todes rogarán á Dios

Nos libre d'este quebranto.  
Yo creo con estos pocos  
De cobrar lo qu'es ganado  
A los fuertes nobles godos,  
A quien se ha hecho el estrago,  
Que muchas mieses se crián  
Y multiplican un grano.—  
Y acabando estas razones  
A la cueva se ha tornado.  
Todos los que están con él  
Quedaron muy asombrados,  
En ver que de tantos moros  
Todos ellos son cercados;  
Todos de un corazón  
A Dios estaban rogando  
Que les ayudase y libre,  
Y no mire á sus pecados.  
Cuando vió el mal Obispo,  
Que no aprovecha lo hablado,  
Mandó á todos los moros  
Que combatan los cristianos,  
Qu'están sin seso medrosos,  
Y de bien desesperados;  
Que acometan con las armas  
Y que los hagan pedazos.  
Con muy grandes alaridos  
A la peña están tirando  
Muchos honderos con piedras,  
Con ballestas y con dardos.  
Mas como el poder de Dios  
Lidia por los encerrados,  
Las piedras y las saetas  
Y dardos que habían tirado,  
Vuélvense contra los moros,  
Muchos matan en el campo:  
Veinte mil eran los muertos,  
Sin otros muchos llagados.  
Los moros, cuando esto vieron,  
Todos están asombrados;  
Pelayo alababa á Dios  
Por el miraglo pasado.  
Cobran todos corazón  
Contra los moros malvados;  
A unos matan, otros prenden,  
D'ellos se han bien vengado.  
Muerto quedaba Almazan,  
Preso Oppas el malvado;  
Por el monte de Anzona  
Huyen los que habían quedado;  
Cayera el monte con ellos,  
Debajo los ha tomado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

608.

AL MISMO ASUNTO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Por nunca usados caminos  
El godo infante Pelayo  
Con diligentes talones  
El caballo aflige en vano,  
Cuyos abiertos ijares  
Iban sangre destilando;  
Mas no el temer de la espuela  
Apresura el paso tardo.  
Iba huyendo del rigor  
Del sanguinoso contrario,  
Que en su seguimiento iba  
Con gran gana de alcanzarlo.  
Mas como Dios le guardaba  
Para negocios mas arduos,  
Quiso de un aprieto tal  
Por bien de España librarlo.  
Llegó al rio de Pionía,  
El cual muy crecido hallando,  
Puso la espada en la boca,  
Y atravesándole á nado

Con increíble presteza  
Se puso del otro cabo.  
Los moros, que le seguían,  
Visto un caso tan extraño,  
No se atreviendo ninguno  
A lo que el godo esforzado,  
Se quedaron á la orilla,  
No sin razon admirados.  
Caminó al valle de Cangas  
El infante Don Pelayo,  
Adonde de España y godos  
Fué luego por rey jurado,  
Y recogiendo las gentes,  
De que hizo grueso campo,  
Los exhortó de manera  
Que al mas tímido hizo osado,  
El valor al valeroso  
Con esfuerzo acrecentando.  
Tanto pueden las palabras  
Dichas con fervor honrado,  
Que la victoria consiguen,  
Mas que el vigor de los brazos.  
Pues como estuviere ya  
De moros cubierto el campo,  
Cuyo caudillo Abrahén  
Era, y Don Oppas el malo,  
Arzobispo de Sevilla  
Y del rey Vetiza hermano,  
Que de los julianistas  
Era capitan nombrado,  
Tornándose de pastor  
Lobo contra sus rebaños,  
Con sangriento proceder,  
De Dios y de sí olvidado;  
Viendo el notorio peligro  
En que estaba el rey Pelayo,  
Mil soldados escogió  
De los mas disciplinados  
En el bélico ejercicio,  
Y en un cóncavo peñasco  
Que una honda cueva hacia,  
Se metió, y por lo mas alto  
De los intratables riscos  
Dejó los demas soldados.  
Baten la cueva los moros  
Con piedras, flechas y dardos;  
Mas como al intento bueno  
Nunca Dios niega la mano,  
Quiso mostrar su grandeza  
Con un notorio milagro,  
Y fué: que todos los tiros,  
Que los moros indignados  
A los cristianos tiraban,  
Resultaban en su daño,  
Y volviéndose á los moros,  
Mas de treinta mil mataron.  
Conociendo esta merced,  
Y el favor del cielo grato,  
Sale apriesa de la cueva  
Con su gente el rey Pelayo,  
No dejando moro vivo  
De todos, en poco espacio.  
Mató al caudillo Abrahén,  
Don Pelayo peleando,  
Y al Arzobispo traidor  
Prendió por su propia mano.  
Fué parte aquesta victoria  
De otras que aquí no señalo,  
Con que, de la ya perdida,  
Alguna tierra ganaron,  
Venciendo muchas batallas  
De moros en campo raso.  
Pues como el rey Alcoral  
De España supo el estrago,  
Primero rey que fué d'ella,  
Hizo que al Conde malvado  
Le cortasen la cabeza,  
Que fuese causa, pensando,  
Con los dos Sisherto y Evas

Hijos de Vetiza el malo;  
Y á su mujer la Condesa  
Los moros apedrearón,  
Y un hijo, que el Conde tuvo  
Pequeño, le despeñaron.  
En esto pararon todos,  
¡De su traición justo pago!

(Lobo LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

Es una reforma ampliando el romance número 607.

609.

TOMA DE CARMONA POR MUZA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Perdidas son las Españas,  
Tarif las había ganado;  
Muza que es su compañero  
Sobre Carmona es llegado.  
Con él está Don Julian,  
Ese alevoso malvado;  
Padre era de la Cava,  
Que todo el mal ha causado.  
No puede haber el castillo,  
Que es muy fuerte y torreado:  
Pensaron muy gran traición  
Para la haber á su mano.  
Muza la mandara al Conde,  
Que con gente de cristianos  
Parezca que van huyendo,  
Y que él lo iría acosando;  
Que viéndolo los de dentro,  
Entrada le habrían dado,  
Creyendo que huyen de moros,  
Y así los habrán tomado.  
El falso Conde maldito  
Hizo lo que fué mandado:  
Los de adentro lo acogieron,  
Muy bien lo habían hospedado.  
Hacia allá á la media noche  
La traición había obrado;  
Levantóse y á los suyos  
Las velas habían tomado:  
Metieron dentro los moros;  
La villa les han ganado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

610.

TOMA DE TOLEDO POR TARIF.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Perdido era Don Rodrigo,  
Tarif va ganando á España;  
A Toledo había llegado,  
Casi la Semana Santa.  
Falta había de cristianos,  
Desamparada quedaba;  
Los que hay, muy pocos armados,  
Que las armas les faltaban.  
La villa, como es tan fuerte  
Ningun cerco recelaba;  
En ella hay muchos judios,  
Que en Toledo se criaran.  
Domingo era de Ramos,  
Gran fiesta se celebraba;  
Los cristianos la hacían,  
Que no la gente marrana,  
Y por honra de la fiesta  
Iban á Sancta Leocadia  
A oír la predicación  
Y de Dios la su palabra.  
Los judios como malos,  
Venden la gente cristiana;  
Obraron muy gran traición,  
Con Tarif tiénenla obrada.

Cerraron todas las puertas  
Y á los moros la entregaran:  
Salieron á los cristianos,  
Que d'esto no saben nada,  
Y como están desarmados,  
En el campo á todos matan.  
Entraron luego en Toledo  
Y por ella fuego andaba,  
Lo que no bastaba á nadie  
Si malos no la entregaran.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

611.

ACABAT, REY MORO DE ESPAÑA, MATA Á LOS GRANDES TURBULENTOS, PARA ASEGURARSE EN EL TRONO.

(De Gabriel Lobo Laso de la Vega.)

Después que el Conde traidor  
A los moros vendió á España,  
Del rey Rodrigo agraviado  
Por lo que hizo con la Cava,  
Reinaron diversos reyes  
En ella, mas no duraban,  
Porque en no siendo á su gusto  
Reino y vida les quitaban,  
Y así reinan tan costoso  
Ningun moro cobdiciaba.  
Queriendo mas vivir pobres  
Que reyes muerte temprana,  
Hallaban difícilmente  
Rey, aun rogado, en España.  
Eligieron á Acabat,  
Moro valiente y de fama,  
El cual viendo el gran peligro  
Que tenía el que reinaba,  
En su esfuerzo confiado  
Dió una traza temeraria;  
Que estas suelen levantar  
A quien la fortuna ampara,  
Y fué: que el nombrado día  
Que con solemne algazara  
Y costosísimas fiestas  
Por su rey le juró España,  
Habiéndose aconsejado  
Con dos amigos que amaba,  
Juntas todas las cabezas  
De su reino en una sala,  
Les pide ninguno de ellos  
De su palacio se vaya  
Hasta que trate en secreto  
Cosa que al reino importaba.  
Obedecieronle todos,  
Y algunos de mala gana.  
Retiróse en una pieza  
El Rey, d'ellos apartada,  
De adonde un portero sale  
Diciendo que el Rey los llama;  
Pero que entren uno á uno,  
Porque es órden por él dada,  
Y el acordado negocio  
Silencio grande demanda.  
Entró Moirel adelante,  
Viejo Alcaide de Granada,  
Que era en el votar primero  
En cualquiera junta y habla.  
Estaba el Rey con los dos,  
Que el hecho le aconsejaron:  
Era la pieza algo oscura,  
De industria de luz privada.  
En viendo á Moirel el Rey,  
A un rincón d'ella le aparta,  
Y sin ruido ninguno,  
Mientras con el Rey hablaba,  
Los dos advertidos moros  
Le ponen á la garganta  
Un escurridizo lazo  
A quien presto rindió el alma.

Métenle en otro aposento,  
Que de allí apartado estaba,  
Teniendo á la ejecucion  
Siempre las puertas cerradas.  
D'esta suerte procedió  
Con los demas que quedaban,  
Hasta que vió las cabezas  
De todo el reino cortadas,  
Que fueron mas de trescientas,  
Y aun adelante pasara  
Si á la mano no le fueran  
Los dos, diciendo: Bastaba  
Para castigo y ejemplo,  
Que era lo que procuraban.  
Mandó tras aquesto el Rey,  
Que entrasen los que quedaban  
Todos juntos, porque viesen  
En qué los traidores paran,  
Diciéndoles:—Hasta aquí  
No ha tenido rey España;  
Agora le tiene tal  
Cual conviene que le haya,  
Y es muy bien primero echar  
Los enemigos de casa,  
Antes de ir tras los de fuera,  
Que es empresa ménos ardua,  
Pues no se pelea bien  
Sin guardarse las espaldas.  
Hecho fué aunque crudo, digno  
De eterna y loable fama,  
Con que aseguró su reino  
Y hizo su vida larga.  
Reinó mucho tiempo, y hizo  
Altas cosas por las armas.

(LOBO LASO DE LA VEGA, *Romancero y tragedias de.*)

EPOCA DE LOS REYES DE LEON, FAVILA, MAUREGATO, ALFONSO II EL CASTO, BERMUDO I, Y RAMIRO I; CON LOS ROMANCES DE BERNARDO DEL CARPIO.

## 612.

MUERTE DE FAVILA.

(De Lorenzo de Sepúlveda.)

Muerto era ese buen rey,  
Don Pelayo era llamado,  
Que ganó de lo perdido  
Por Rodrigo desdichado.  
Enterráronlo dentro en Cangas,  
Su hijo heredó el reinado:  
Don Favila se llamaba,  
Nieta del otropreciado.  
Dos años lo tiene no mas,  
Porque era muy liviano;  
Amaba mucho la caza,  
Mas que conviene á su estado:  
Corriendo la montería  
Un gran oso habia hallado;  
Matarle quieren los suyos;  
Favila les ha mandado  
Que ninguno mate al oso,  
Que él solo quiere matarlo.  
Luego arremetió con él,  
A los brazos han llegado;  
Mas por la su desventura  
El oso lo habia matado.

(SEPÚLVEDA, *Romances nuevamente sacados, etc.*)

## 613.

MUERTE DE BERMUDO I DE LEON.

(Anónimo.)

Reinando el rey Don Bermudo  
Por muerte de Mauregato,

El primero de aquel nombre,  
Y entrando en el primer año,  
En la era de ochocientos  
Sobre esos veinte y tres años,  
Cuéntase qu'este rey era  
Muy bueno y muy esforzado  
Mas que nunca hubo batalla  
Contra moro ni cristiano,  
Ni ménos sacó su hueste,  
Magüer qu'era muy osado.  
Reinando pues este rey,  
Y en el segundo año entrado,  
No se halla que hiciese  
Ningun hecho señalado,  
Sino acordarse que un tiempo  
Fué d'Evangelio ordenado,  
Por do no podia ser rey,  
Pues lidiar l'era vedado,  
Ni ménos hacer justicia,  
Lo que á todo rey l'es dado;  
Y así, como quier que fuese  
Animoso y esforzado,  
No quiso tener el reino:  
Por su sobrino ha enviado.  
Este era el rey Alfonso,  
Qu'era tío de Mauregato,  
El cual estando en Navarra,  
Vino luego á su mandado;  
Y siendo ant'el Rey venido,  
El reino le ha renunciado:  
Esto voluntariamente,  
Que de nadie fué forzado.  
Cuatro años y seis meses  
Los dos del reino han gozado;  
Con union y gran placer  
Reinaron en igual grado;  
Y aunque Alfonso fuese rey,  
Bermudo era rey llamado.  
Hasta el punto que murió  
Fué como tal acatado;  
El cual murió de su muerte,  
Y en Oviedo fué acostado  
Con la Reina su mujer,  
Con quien él era casado,  
Llamada Doña Emilona,  
De la cual se habia apartado  
Solo por razon de aquello  
Porqu'el reino habia dejado,  
Y esto, despues que dos hijos  
En ella Dios le habia dado,  
Don Ramiro y Don Garcia,  
A quien Dios no negó estado  
Que ambos á dos fueron reyes;  
Mas en siendo el Rey finado,  
Reinó luego en su lugar  
El rey Don Alonso el Casto.

(Cancionero de Romances.)

## 614.

MILAGROSA CRUZ DE OVIEDO.

(Anónimo.)

Reinando el rey Don Alfonso,  
El que Casto era llamado,  
Despues de haber á los moros  
Por batalla quebrantado,  
Teniendo en paz sus dos reinos,  
Y estando muy ocupado  
En el templo que hacia  
De Sant Salvador llamado:  
Cuéntase d'él que tenia  
Muy gran valor allegado  
De muchas piedras preciosas,  
A qu'él era aficionado;  
Y en cuanto se hacia el templo,  
Tomó en sí muy gran cuidado,  
De hacer una cruz de oro,

Que así lo tenia pensado,  
Y de engastonar en ella,  
Como lo tenía acordado,  
De aquellas piedras preciosas  
Que para ello habia guardado.  
Pues avinole así un día,  
No d'ello muy descuidado,  
Que saliendo de oír misa,  
Yendo para su palacio,  
Con él allí en el camino  
Dos Angeles se han hallado.  
En traje de peregrinos,  
Qu'el hábito lo ha mostrado.  
Preguntóles qué hombres eran,  
Y ellos tal respuesta han dado:  
— Buen señor, somos plateros. —  
D'esto el Rey mucho se ha holgado,  
Y dióles del oro y piedras  
Cuanto vió que habia bastado,  
Y una casa apartada  
Para labrar á su grado;  
Y mandó que le labrasen  
Por arte y sér extremado  
Una muy hermosa cruz,  
Cual habia deseado.  
Tomando el oro y las piedras,  
Que por el Rey les fué dado,  
Se fueron á su aposento,  
Y el Rey se fué á su palacio.  
Estando el Rey á la mesa,  
Mandaderos ha enviado,  
Que mirasen lo que hacian  
Y si les fallestes algo.  
Cuando entraron en la casa  
Donde los habian dejado,  
Hallaron la cruz ya hecha,  
Y á ellos no habian hallado.  
De obra tan maravillosa  
Atónitos se han quedado;  
La claridad que salia  
La vista les ha turbado.  
Vánselo á decir al Rey,  
Del yantar se ha levantado:  
Fuése luego para allá,  
Y como dentro hubo entrado,  
Hallando hecha la cruz  
Mucho se ha maravillado,  
Y mas del gran resplandor,  
Que d'esto quedó admirado,  
Y de no ver los maestros  
Quedó muy mas espantado:  
Viendo ser obra de Dios  
Muy muchas gracias le ha dado.  
El Obispo y clerecía,  
Con todo el pueblo juntado,  
Vinieron al punto allí,  
Que por el Rey fué mandado,  
Y así muy honradamente  
Con loores la han llevado  
A ponella en el altar  
De aquel templo tan loado  
Del señor Sant Salvador,  
Adond'el Rey la ha tomado,  
Y con mucha devocion,  
Con corazon humillado,  
La puso luego sobre él,  
Solo, con su misma mano,  
Loando todos á Dios  
Por tan hermoso milagro.

(Cancionero de Romances. — It. TIMONEDA, Rosa española.)

## 615.

FUNDACIONES PIADOSAS DE ALFONSO EL CASTO.

(Anónimo.)

Despues de muerto Bermudo,  
Quedó Don Alfonso el Casto

Por señor del reino todo,  
Y tívolo sosegado  
En la era de ochocientos,  
Contando veinte y ocho años.  
Aqueste rey Don Alfonso  
Fué casto y bien fortunado,  
Hijo del rey Don Fruela,  
Muy bien acondicionado,  
De todos bienes cumplido,  
De virtudes adornado.  
Entre los bienes que habia,  
Era piadoso y manso:  
Hizo limpia y casta vida,  
Jamás fué á mujer llegado;  
De aquí tomó sobrenombre  
De ser el Casto llamado.  
Fué en gran manera este Rey  
Valeroso y esforzado,  
Ca hubo muchas batallas  
Con los moros, de su grado,  
Las cuales todas venció,  
Que ninguna le han ganado:  
Tomóles muchos lugares,  
Púsoles bajo su mando;  
Tan bien defendió su tierra,  
Que enojar nadie le ha osado.  
Alongó tambien de sí  
Los alárabes, lidiando;  
Mantuvo tambien en paz  
Sus gentes, y hálas sacado  
Del grande miedo en qu'estaban;  
Y así los hubo esforzado,  
Que el gran temor que tenían  
En esfuerzo lo ha tornado.  
Queriendo servir á Dios,  
De hacer ha comenzado  
Un templo rico y solemne,  
De Sant Salvador llamado,  
En la Seo obispal de Oviedo,  
Y en sitio bien apropiado  
Porque mejor estuviese;  
Y otro mayor y mas alto,  
Que á los apóstoles doce  
El habia dedicado:  
El otro á Sant Salvador,  
Que siempre le habia ayudado.  
Y hizo ahí una capilla,  
No con pequeño cuidado,  
A honor de Santa María,  
Do su nombre fuese honrado,  
Y otra capilla cabe ella  
De Tirso mártir el santo.  
Despues hizo para sí  
Unos muy ricos palacios:  
Eran grandes y muy buenos,  
Por extremo bien labrados,  
Y por todas las labores  
Puso pilares de mármol:  
Cubriólos de plata y oro,  
Y hizolos dibujados.  
A honra de Sant Miguel  
Hizo un altar extremado  
Dentro de Sant Salvador,  
Por maravilla labrado,  
Y sobre aquel altar puso,  
Por mas honorífico,  
El arca de las reliquias,  
Que á Estúrias habia llevado  
El arzobispo de Urban  
Y el santo rey Don Pelayo,  
De la ciudad de Toledo,  
Cuando cayó de su estado  
Toda España juntamente  
Por la culpa del pecado  
Que cometió Don Rodrigo,  
El Rey malaventurado,  
Cuando perdieron los godos  
La tierra que habian ganado.  
Todo esto que habemos dicho